DISPARATES

La varilla del tranvía.

Siempre nos hemos agarrado con seguridad a las varillas de cobre que hay atravesadas sobre los cristales que dan a las plataformas de los tranvías.

Esas varillas son imposibles de arrancar, son como lo más infrangible de la vida, lo que tiene más responsabilidad, lo que no podrá engañarnos nunca ofreciéndonos una ayuda que después pueda faltarnos.

Eso pensaba yo hasta que el otro día yendo agarrado a una de esas varillas se soltó y me caí del tranvía. No sentí el dolor de la caída, lo que sentí fué la trasgresión de una ley infalible. Se me inyectaron los ojos, se me salieron de sus orbitas, corrí detrás del tranvía y le señale la cara al cobrador con mis nudillos como con una llave inglesa, porque estaba loco de indignación porque era una cosa como fuera del mundo de lo posible, el que se desprendiese esa varilla con un deber de fijeza como la varilla que atraviesa el mundo y es su eje.

Grité como un energumeno, haciendo que se asomasen a los aleros de las casas las gentes de las guardillas.

—¡Eso no podía ser!—gritaba yo—¡No podría desprenderse una varilla fija, sin cometerse el acto más vil y la caída más por sorpresa de las caídas!

—Vean ustedes—gritaba yo de un modo más estentoreo aún, dirigiéndome al público,—como han podido caerse todos ustedes. Porque todos confiamos en esas varillas que son nuestra agarradera en los vaivenes y en el deseo de desprenderse de nosotros que tiene el tranvía cuando velocidad tuerce las curvas exageradas... Sus madres, sus hijas, las pobres ancianas que hacen un gran esfuerzo para no desprenderse de esas varillas, todas, han podido caerse y matarse como yo...

—¡Tiene razón!... ¡Tiene mucha razón!—gritaban las gentes—¡Eso no puede quedar impune!

Yo preparo como abogado y en acción combinada con aquella multitud, una acción contra el Director de la Compañía de los Tranvías, al que acabo por pedir una indemnización de dos millones de duros, porque ha faltado con su descuido o por culpa de quien quiera que sea a una de las pocas leyes irrevocables, a la ley de que esas varillas de los tranvías no pueden fallar nunca y desprenderse. Esas varillas deben estar engrapadas al mundo y una mano fuerte y formidable debe probar su resistencia antes de que los coches salgan de sus cocheras.

El pito.

Los cuatro ladrones estaban robando tranquilamente—Los cuatro se ayudaban con fé. Sus zapapicos trabajaban mejor que los de los trabajadores. Eran como los rejones de unos arados perfeccionados y admirables. Sus golpes eran secos y arrancaban un gran pegote de tierra. El ingeniero de minas de los ladrones había señalado allí la mina. «Escavad y encontrareis el sótano lleno de riquezas».

El uno había sido guardia.

El otro había comenzado a estudiar para cura.

El otro había sido portero.

El otro había sido sereno.

Ya estaba abierta la entrada de la mina cuando

pi-pi-pi-pi-piii

sonó el pito particular de los serenos, que ni es pito de verbena, ni pito de los que dirijen el remolque de los tranvías, pito de niño.

pi-pi-pi-pi-piiiii

¿Quién había tocado el pito fatal? El ladrón número 4, el ladrón que había sido sereno, inconsciente, idiotizado, tentando el peligro, siendo más fuerte que él y su nueva profesión, su antiguo sacerdocio y su vocación de tocador del pito de la autoridad, aquél pito gracioso y agudo, que siempre llevaba en el bolsillo y que tenía siempre unas atroces ansias de ser tocado...

Numerosos faroles acudían ya, corriendo de todas partes, como una lluvia de estrellas que iban a caer en la parte baja de aquella calle.

Entonces, sólo entonces, el ladrón número 4, el ex-sereno echó a correr con desesperación, dandose cuenta de lo que había hecho, dominado por fin por el instinto de conservación.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA.

ESPECÍMENES

Jardín

Verdes nubes a ras del suelo
fingen combates de olas
y pasos de Jordanes
nos muestran sus arenas clarificadas
Pasteles de colores
en bandejas simétricas
brindanse a los golosos
Y se vierten licores invisibles
Todos los lechos están mullidos
para los tiernos borrachos

Dulzura

Líquidos en burbujas
brotan del manantial corredizo
y dicen con arrobo
Ven
bebe mis saludos
paladea mis jugos
estruja mis glándulas
Ven
Soy tu ama de cría

CESAR A. COMET

OTOÑAL

Para Gerardo Diego
con un saludo cariñoso

Las campanadas de la tarde
se mustian en el regazo de las cosas
El viento trapecista
en el cordaje de los árboles
Devano pensativo
la generosidad de tus miradas
Mis deseos estrangulados
se refugian en el nido de tus risas
Las nubecillas blancas
desenrollándose como stores
El sol agonizante
degolló nuestro último adiós.

JOAQUIN DE LA ESCOSURA.

GUARDIA ROJA

El viento es la bandera que se enreda en las (lanzas
La estepa es una inútil copia del alma
De las colas de los caballos cuelga el villorrio (incendiado.
La planicie rendida
no acaba de morirse
Durante los combates
el milagro terrible del dolor estiró los (instantes
Ya grita el sol
Por el espacio trepan hordas de luces.
En la ciudad lejana
donde los mediodías tañen los tensos (viaductos
y de las cruces pende Jesús-Cristo
como un cartel sobre los mundos
se embozarán los hombres en los torsos (desnudos.

JORGE-LUIS BORGES.

EL ENLUTADO

Las estrellas recogían sus velos azules
y sus trinos los pájaros

Por la montaña ruedan
las horas como soles apagados
El día
hormiga blanca
por la montaña abajo
Aleluya
Los pájaros han tejido
en mi ventana
su enredadera de trinos

Yo ya atrapé mi estrella
Cogidas de la mano las veinticuatro horas
bailan en torno de mi indiferencia

PEDRO GARFIAS.

MUTACION

Una mujer que lloraba
¡Eh! ¡Oh! ¡Ah!
Los soldados que pasaban
¡Eh! ¡Oh! ¡Ah!
Un esclusero que pescaba
¡Eh! ¡Oh! ¡Ah!
Las trincheras que emblanquecían
¡Eh! ¡Oh! ¡Ah!
Las granadas que estallaban
¡Eh! ¡Oh! ¡Ah!
Las cerillas que no encendían
¡Eh! ¡Oh! ¡Ah!
Y todo
Ha cambiado tanto
En mi
Todo
Salvo mi amor
¡Eh! ¡Oh! ¡Ah!

GUILLERMO APOLLINAIRE.

(José de Ciria y Escalante, tradujo)

El ultraismo tiene una cosa grande que hacer: suprimir el domingo.

© Biblioteca Nacional de España